

Este libro es producto de un seminario de investigación que mantuvimos durante varios años. Nos propusimos analizar las tendencias que se van configurando a partir de los cambios que se han realizado en los últimos años. Partimos de algunas interrogantes: ¿Por qué la globalización no ha cumplido con las expectativas de crecimiento y bienestar que planteó su origen? ¿Por qué a pesar de que nos encontramos ante el desarrollo de una revolución científico-técnica que todos los días genera nuevos productos, las tasas de crecimiento mundial son relativamente bajas, con menores niveles de empleo y mayor desigualdad en la distribución del ingreso? ¿La globalización ha dado lugar a una nueva (total) forma de funcionamiento del capitalismo? Los vertiginosos cambios de las últimas décadas han terminado por reconfigurar las relaciones entre capital y trabajo y con la naturaleza. Las áreas de influencia en el mundo se han redefinido. Al mismo tiempo la desregulación y la liberalización comercial y financiera, implicaron el abandono de la rectoría del Estado en la economía, para dejar al mercado como mecanismo asignador de recursos y donde la rentabilidad de corto plazo orientó las actividades de los agentes económicos y financieros. El capital financiero penetró y moldeó las reglas de funcionamiento de las grandes corporaciones, ha guiado las decisiones empresariales, y la organización de la producción, con significativos cambios en los mercados laborales, haciéndolos más flexibles, precarios y vulnerables, y generando una mayor desigualdad en la distribución del ingreso, intensificando las migraciones. También analizamos algunas experiencias que se han planteado como alternativas al neoliberalismo y la financiarización, revisamos experiencias impulsadas desde América Latina, por los gobiernos "progresistas"; y algunas alternativas que emergen desde "abajo", de los movimientos sociales, a través de las prácticas sociales y solidarias, se discute su estatuto teórico (en construcción), avance, aportes y limitaciones. La intención de este libro es poner a disposición de un público amplio los hallazgos de esta investigación colectiva.

ISBN 978-607-30-2323-8



9 786073 023238

CAMBIOS EN EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO

Teresa Aguirre

CAMBIOS EN EL CAPITALISMO CONTEMPORÁNEO

UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Teresa Aguirre
Coordinadora



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Luis Graue Wiechers	<i>Rector</i>
Leonardo Lomelí Vanegas	<i>Secretario General</i>
Mónica González Contró	<i>Abogada General</i>
Leopoldo Silva Gutiérrez	<i>Secretario Administrativo</i>
Alberto Ken Oyama Nakagawa	<i>Secretario de Desarrollo Institucional</i>
Raúl Arcenio Aguilar Tamayo	<i>Secretario de Prevención y Atención a la Seguridad Universitaria</i>
Mónica González Contró	<i>Abogada General</i>

FACULTAD DE ECONOMÍA

Eduardo Vega López	<i>Director</i>
Mario Alberto Morales Sánchez	<i>Secretario General</i>
María del Carmen Aguilar Mendoza	<i>Secretaria Administrativa</i>
Juan M. M. Puig Llano	<i>Coordinador de Publicaciones</i>

Este libro se inscribe en el Proyecto "Cambios en el capitalismo contemporáneo: relaciones entre el capital productivo y financiero. Una perspectiva histórica", con el número PAPIIT IN309216 financiado por el Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la UNAM.

Diseño de portada: MARÍA FERNANDA ROMERO RODRÍGUEZ

D.R. © 2019, Facultad de Economía,
Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.

Primera edición: 29 septiembre de 2019

ISBN: 978-607-30-2323-8

Impreso y hecho en México/Printed and made in Mexico.

"Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización por escrito de los autores"

Contenido

Presentación	11
Primera sección: Las grandes tendencias del cambio	25
Cambio de época o época de cambios. Las grandes tendencias TERESA AGUIRRE COVARRUBIAS	27
La geopolítica del capital en un contexto de crisis y cambio climático LUIS G. MOLINA	89
Financiarización una aproximación teórico-histórica JOSELIN HERNÁNDEZ GUTIÉRREZ	125
La gran corporación y sus cambios estructurales. Una perspectiva histórica FRANCISCO VIDAL-BONIFAZ	161

Segunda Sección:

Financiarización y precarización laboral.
Mercados laborales y migración 185

Financiarización y precarización laboral:
esbozo de un modelo de expropiación financiera
VENANCIO DE OLIVEIRA GUERRERO 187

Financiarización subordinada y condiciones laborales
en México: 2009-2016
TADEO SALABARRÍA PEDRERO 215

Desarrollo, migración y remesas en el capitalismo.
El caso de México
JOSÉ LUIS ÁVILA MARTÍNEZ 249

Tercera sección:

Cambio económico-social,
paradigmas y alternativas 279

Cambios en el capitalismo contemporáneo
y en los paradigmas de la teoría económica y el desarrollo
ANDRÉS SÁNCHEZ 281

Crisis financiera, austeridad y movimiento social
en América Latina: debate sobre las
contribuciones teóricas
MONIKA MEIRELES 321

Las alternativas desde los gobiernos 365

Las alternativas en el capitalismo contemporáneo:
Brasil y Venezuela
DULCE CAROLINA SÁNCHEZ CAMPA 367

Alternativas desde abajo.
Las economías sociales y solidarias 401

La economía social y solidaria:
un desafío epistémico-práctico en la construcción
de alternativas al desarrollo
ANTONIO MENDOZA HERNÁNDEZ 403

Las economías sociales y solidarias
como alternativas a la crisis.
Los casos de Brasil, México y Ecuador
BRENDA DORANTES HERNÁNDEZ 423

Zamora, J. (2000). La cuestión del realismo en teoría económica. *Argumentos de Razón técnica*, (3), Recuperado de la dirección electrónica http://institucional.us.es/revistas/argumentos/3/art_10.pdf

G20, "Los compromisos de los miembros del G-20" y "G-20 en línea". Centro de Información del G20. [En línea]. Canadá, disponible en: <http://www.g20.utoronto.ca/summits/2010seoul.html> [Consultado el 20 de enero de 2011]

Crisis financiera, austeridad y movimiento social en América Latina: contribuciones teóricas

MONIKA MEIRELES¹

Resumen

Con el empeoramiento de las condiciones de vida de la población latinoamericana durante la etapa neoliberal, una serie de viejos y nuevos actores sociales se alzaron conformando una gran oleada de movilizaciones contrarias a políticas públicas de orientación ortodoxa. La multiplicación de esos movimientos vino acompañada del incremento en la reflexión de los motivadores que detonan la acción social en el subcontinente.

El sensible deterioro de los indicadores económico-sociales, como resultado del neoliberalismo en la región, sólo fue interrumpido en el breve momento que confluyeron dos variables: el aumento de los precios de las *commodities* que exporta la región y la

¹ Investigadora Asociada C del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIEC-UNAM). E-mail: momeireles@iiec.unam.mx. Este trabajo se elaboró en el marco del seminario quincenal que se realizó, como parte del proyecto PAPIIT IN309816 "Cambios en el Capitalismo Contemporáneo: relaciones entre el sistema productivo y el sistema financiero. Una perspectiva histórica", agradecemos los comentarios recibidos en su presentación.

llegada al gobierno de líderes de izquierda y centro-izquierda que colocaron la redistribución del ingreso como objetivo esencial de la política pública. Sin embargo, la crisis financiera internacional iniciada en el 2007-2008, y la inestabilidad de la política interna fueron responsables de un cambio abrupto en la dirección de las políticas públicas inclusivas, reviviendo prácticas de austeridad en el manejo de las finanzas del Estado. Ante los resultados negativos que este golpe de timón en el sentido de la acción estatal, sería de esperarse nuevamente mayor movilización popular.

Para dimensionar las tendencias y perspectivas de los movimientos sociales latinoamericanos en el contexto actual, haremos un breve recuento de las principales teorías de la acción social y, a partir de esta revisión, buscamos elaborar una apreciación más trabajada sobre dos fenómenos contradictorios y concomitantes que se están produciendo. De un lado, observamos la existencia de una apatía relativa, que puede ser observada, por ejemplo, en la baja participación del electorado al momento de votar o incluso el incremento masivo del voto nulo –que no siempre es voto de protesta– y, de otro lado, sigue candente el potencial insurreccional represado en la población civil que sigue organizándose en América Latina.

Introducción

Con el empeoramiento de las condiciones de vida de la población latinoamericana durante la etapa neoliberal, una serie de viejos y nuevos actores sociales se alzaron conformando una gran oleada de movilizaciones contrarias a políticas públicas de orientación ortodoxa. La multiplicación de esos movimientos vino acompañada del incremento sobre la reflexión de los motivadores que detonan

la acción social en el subcontinente. El sensible deterioro de los indicadores económico-sociales, como resultado del neoliberalismo en la región, sólo fue interrumpido en el breve momento que confluyeron dos variables: el aumento de los precios de las *commodities* que exporta la región y la llegada del gobierno de líderes de izquierda o centro-izquierda que tuvieron la redistribución del ingreso como objetivo esencial de la política pública.

Sin embargo, la crisis financiera internacional, iniciada en 2007-2008, y la inestabilidad de la política interna fueron responsables por un cambio abrupto en la dirección de las políticas públicas inclusivas, reviviendo prácticas de austeridad en el manejo de las finanzas públicas y sobre cómo se deben comportar las cuentas del gobierno, que tanto le deben a la lectura de la ortodoxia económica. Ante los resultados negativos que este golpe de timón en el sentido de la acción estatal viene trayendo, sería de esperarse nuevamente mayor movilización popular. Para evaluar mejor las tendencias y perspectivas de los movimientos sociales latinoamericanos en el contexto actual, nos proponemos a hacer un breve mapeo de las principales teorías de la acción social y, a partir de esta revisión, buscamos elaborar una apreciación mejor trabajada sobre dos fenómenos contradictorios y concomitantes que actualmente se observan. De un lado, observamos la existencia de una apatía relativa, que puede ser observada, por ejemplo, en la baja participación del electorado al momento de votar o incluso el incremento masivo del voto nulo –que no siempre es voto de protesta–; y, de otro lado, sigue candente el potencial insurreccional represado de la población civil que sigue organizándose en América Latina.

Así, el presente capítulo tiene como principal objetivo traer a colación algunas de las discusiones teóricas que se han dado actualmente alrededor de los movimientos sociales, en especial

aquellas que tratan a los movimientos latinoamericanos, con el fin de aportar en la agenda de reflexión colectiva los límites y posibilidades de la transformación social en la región, ahora en el contexto de la incierta post-crisis y en tiempos de un desubicado revival de la obsesión con el superávit primario. Para ello, hemos dividido el trabajo en cuatro partes. Tras esa introducción, en la primera parte, hacemos un brevísimo repaso del contexto histórico reciente de la movilización social en América Latina. La segunda parte se dedica a la elaboración de un cuadro teórico bastante *sui generis*, en el cual se articula tanto algunas interpretaciones heterodoxas sobre la naturaleza de la crisis 2007-2008, pasando por su impacto en América Latina, hasta esbozar una primera propuesta de sistematización de las corrientes y autores que se dedican a la reflexión sobre los movimientos sociales. Algunas consideraciones sobre los movimientos sociales latinoamericanos son hechas en el tercer apartado. Finalmente, en las conclusiones, se retoman partes de los argumentos desarrollados con especial acento en la recuperación de la categoría "clase" en la lectura de los movimientos sociales.

1) Consideraciones sobre la historia reciente de los movimientos sociales

No es ocioso recordar que en los años de neoliberalismo en América Latina hubo un claro empeoramiento de las condiciones de vida de la población. Los efectos económicos negativos resultados de la implementación de los varios preceptos del recetario del Consenso de Washington, sobre todo de la retracción del gasto social y el abandono de un modelo económico con la intervención más activa del Estado, constituyeron el caldo de cultivo para la emergencia de una oleada de protestas. Las inúmeras movilizaciones fueron

capitaneadas tanto por los llamados "nuevos actores sociales", que venían inaugurando su asociación y experimentando nuevas formas de incidencia en el debate público, como por personajes representativos de los partidos políticos tradicionales del espectro ideológico de la izquierda o centro-izquierda.

De acuerdo con Atilio Borón, cometemos una grave imprecisión al denominar "reformas" al proceso por el cual pasó América Latina con la ofensiva neoliberal. El término debería ser empleado solamente al escalar cambios político-institucionales que permiten a una determinada sociedad tener "mayor igualdad, bienestar social, y libertad para el conjunto de la población" (Borón, 2003: 19). Las políticas adoptadas bajo la égida del neoliberalismo, lejos de promover el cambio en el sentido apuntado, contribuyeron decididamente a encuadrar en la tendencia inversa a los países latinoamericanos. Estas políticas justificarían la adopción del término "contra-reformas" neoliberales para designar, con mayor rigor, el fenómeno que en las últimas décadas golpeó a la región. Borón es aún más incisivo en lo que concierne al balance histórico de este periodo en el subcontinente: "(...) la evidencia histórica ofrece un veredicto no menos contundente. Lejos de ser portadoras del progreso social, las políticas neoliberales precipitaron un holocausto social sin precedentes en la historia de América Latina" (Borón, 2003: 28).

No sin pesar, nos vemos obligados a concordar con su diagnóstico. El examen de las variables e indicadores nos autoriza a hablar de "deuda social", "hecatombe social", o hasta es justificado el uso del término -aunque un tanto anacrónico e impreciso- de "holocausto social". Al final, el balance social de la intervención neoliberal no arroja logros que pueda llevar a sus impulsores a jactarse, para decir lo mínimo. No obstante, de esta tragedia social se

derivó un grandioso impulso contestatario en las poblaciones directamente afectadas, que llevó a la ebullición con una serie de manifestaciones de agentes sociales combativos en América Latina plasmados tanto en lo que serían los nuevos movimientos sociales como en la reavivación de antiguos grupos militantes, vinculados a las demandas de la clase trabajadora organizada.

Sin la intención de abonar en una especie "determinismo económico" en lo que se refiere a la explicación de la chispa inicial para los eventos de contestación y de las inúmeras movilizaciones espontáneas de ese entonces –que paulatinamente se organizaron y configuraron como movimientos sociales propiamente dichos–, podemos mencionar el levantamiento zapatista en México en 1994, que inaugura un nuevo tipo de demandas indígenas más centradas en la autonomía y reconocimiento de los pueblos originarios a su auto-organización, gobierno y acceso a la tierra; la "guerra por el agua" en Cochabamba, Bolivia, durante el año 2000. En aquel caso, se ha visto como de las sucesivas protestas por el derecho universal del acceso al agua, cuyo suministro había sido privatizado, se potencializó la confluencia del movimiento indígena, de carácter predominantemente identitario-autonomista, pero articulados con la narrativa de la demanda de actores que venían demostrando su insatisfacción con la política económica de corte ortodoxo desde escenarios más tradicionales, como, por ejemplo, los de la vida político-partidaria o a través de la militancia sindical.

De manera concurrente, la multiplicación de esos levantamientos y la conformación de una gama cada vez más amplia de movimientos sociales con las más distintas incitaciones aglutinadas vino acompañada *pari passu* del incremento de la reflexión sistematizada en las ciencias sociales de la región sobre los motivadores que detonan la acción social. Así, se asistió, también si-

multáneamente, a una renovada serie de estudios reivindicando el carácter de tensión entre clases –obviamente con énfasis en el concepto de clase social y sus antagonismos, de clara inspiración marxiana– para explicar la variable causante de la acción social, y el surgimiento de corrientes interpretativas que destacan el vínculo identitario, o la transversalidad de los movimientos como el ecologista, pacifista, feminista, etc., como vehículo fundamental para que los individuos inicialmente atomizados se solidaricen en un mismo movimiento social. En una palabra, el renovado aliento de la reflexión teórica sobre los movimientos sociales viene enmarcado en un clivaje interpretativo: los viejos y los nuevos movimientos sociales.

Sin embargo, esa aparente dicotomía entre viejos y nuevos movimientos, sea considerado en los movimientos sociales en sí o en su interpretación por las ciencias sociales, no es una frontera delineada de forma tan rígida. Si tomamos el ejemplo multicitado del movimiento por los derechos y la plena ciudadanía de gays, lésbicas, bisexuales, travestis y transexuales (GLBTT), que en América Latina experimentó un verdadero boom en los años noventa del siglo pasado, es complejo encajonarlo como una manifestación de carácter exclusivamente identitario, sobre todo si consideramos que también hubo una readecuación de los movimientos sociales tradicionales, como son los partidos políticos –y no únicamente en los partidos de izquierda–, para abarcar las demandas de ese perfil de militancia en especial.²

² Son inúmeros los ejemplos de los partidos políticos que abren espacio institucional a las demandas del movimiento GLBTT. Podemos mencionar al Partido Socialismo y Libertad (PSOL) de Brasil, que tiene contemplado en el artículo 19 de su programa la lucha por la libre expresión sexual y por los derechos civiles de la población GLBTT. Además, se puede leer en el mismo programa, pero ahora en el artículo primero, la demanda por la reducción inmediata de la jornada laboral sin reducción de los salarios.

Antes de seguir, es pertinente al menos empezar a enunciar algunos elementos para una definición, aunque bastante amplia, de lo que estamos entendiendo por movimiento social. Según María da Gloria Gohn (2016): "Un movimiento es siempre la expresión de una acción colectiva que deriva de una lucha socio-política, económica o cultural (Gohn, 2016: 14, traducción nuestra)".³ A su vez, según Susana Staggenborg (2016: 6) considera que la mayoría de los académicos de los movimientos sociales estaría de acuerdo con la definición de Richard Flacks que los movimientos sociales "son esfuerzos colectivos, de alguna duración y organización, utilizando métodos no-institucionales para ocasionar cambio social" (Flacks, 2005: 5). Además, Staggenborg (2016: 6) plantea que muchos autores añadirían que los movimientos sociales sí pueden valerse de métodos institucionalizados, como el *lobby* ante el legislativo, pero no pueden excluir métodos no-institucionalizados, como lo son las manifestaciones y marchas.⁴

³ La autora sigue: "Usualmente él [un movimiento social] tiene los siguientes elementos constituyentes: demandas que configuran su identidad; adversarios y aliados; bases, liderazgos y asesorías -que se organizan en articuladores y articulaciones y conforman redes de movilizaciones-; prácticas comunicativas diversas que van de la oralidad directa a los modernos recursos tecnológicos; proyectos o visiones de mundo que dan soporte a sus demandas; y culturas propias en las formas como sostienen e encaminan sus reivindicaciones (Gohn, 2016: 14, traducción nuestra).

⁴ De hecho, Richard Flacks es un autor que ha trabajado la necesidad de construir un análisis de los movimientos sociales en bases de inspiración marxista, pero con necesaria renovación en el enfoque de *clase social* sumado a otras lecturas para la interpretación de los movimientos sociales contemporáneos. En sus palabras: "El énfasis de Marx en las relaciones de producción como el locus primordial de poder social era muy limitada para el entendimiento de la realidad social. La lucha de clases no siguió las trayectorias que él había previsto, mientras conflictos sociales tumultuosos han remoldado la sociedad y la cultura a través de otras líneas de marcación y no sólo el de la clase. Una teoría pos-marxista del poder que incorpore a la lucha de clases, pero tomando en cuenta otros abordajes de movilización y conflicto parece ser necesaria y posible" (Flacks, 2005: 16, traducción nuestra).

Retomando el hilo de nuestra reconstrucción histórica, si con los movimientos de contestación a los efectos dañinos del neoliberalismo quedaron en mayor evidencia los llamados nuevos movimientos sociales, en la etapa posterior, con los gobiernos progresistas en el cono sur de América Latina, la efervescencia de la movilización social no sólo no se ha disipado, sino que también asumió una intrincada complejidad. La problemática novedosa que se ha puesto en evidencia es el delicado equilibrio entre gobiernos que se identifican con una ideología de izquierda y la agenda contestataria de varios movimientos sociales, con especial énfasis en la demanda ecológica. Vale mencionar que, en este periodo y sobre todo a partir de 2003, confluyeron dos tendencias en variables macroeconómicas: a) el aumento de los precios de las *commodities* que exporta la región y b) el combate a la pobreza y la promoción de la redistribución del ingreso como objetivo -no siempre exitoso- de la política pública de los Estados que lograron acaparar vía tributos, parte del excedente económico generado con el mantenimiento del modelo exportador-reprimarizado. Como hemos mencionado, la fase de relativa bonanza económica e implementación de políticas sociales focalizadas no significó apaciguamiento o quietud de la protesta social en la región. Todo lo contrario, hubo el recrudescimiento de movimientos que cuestionaban la lógica del "neextractivismo de izquierdas".

Hemos evaluado anteriormente (Meireles y Martínez, 2013), con un poco más de detalle, el caso específico de las fricciones entre el gobierno de la Revolución Ciudadana de Alianza País (AP) en Ecuador -proceso antes capitaneado por Rafael Correa y ahora teniendo en la figura de Lenin Moreno como su principal dirigente- y el movimiento indígena, mayormente aquellos grupos vinculados a la Confederación de Nacionalidades Indígenas del

Ecuador (CONAIE). Sin embargo, quisiéramos recalcar que luego de la primera victoria electoral de la AP, durante el primer periodo del proyecto y enmarcado por el llamado a la Asamblea Nacional Constituyente, ya se visualizaba esa tensión entre el progresismo y los movimientos sociales. Los primeros indicios de esa tensión se encuentran en el enfrentamiento de dos campos al interior mismo de la AP: un grupo que estaba compuesto por sectores vinculados a los movimientos sociales que pedían transformaciones radicales e inmediatas (indígenas, ecologistas, mujeres, entre otros); y, por otra parte, por sectores con visiones más conservadoras, sea en el plano económico –impulsando el crecimiento a cualquier costo– sea en el ámbito socio-político –con el retraso en materia constitucional sobre el tema de los derechos reproductivos, por ejemplo–. En medio de estas tensiones orgánicas que constituían una especie de “balanza de poder” dentro del núcleo mismo de la AP, Rafael Correa fue apostando paulatinamente por posiciones cada vez menos conciliatorias, hasta llegar a intervenir abiertamente sobre el trabajo de los assembleístas, provocando el resquebrajamiento político del bloque y la salida de importantes integrantes cercanos a los movimientos sociales, como el presidente de la propia Asamblea, Alberto Acosta.⁵

A lo largo de los años, esa tensión entre la demanda más radical del movimiento indígena y la baja capacidad para incorporar esas

⁵ En las palabras de un estudioso del tema: “En los trabajos de esa Constituyente, a inicios de 2008, se acentuaron las contradicciones entre Acosta y Correa, y entre una izquierda renovada y un progresismo convencional. Mientras que Acosta deseaba profundizar el esquema de derechos y garantías de la nueva Constitución, Correa buscaba acelerar las deliberaciones para poder retomar su campaña política. En aquellas circunstancias, Acosta renunció a la presidencia de la Asamblea Constituyente. A partir de ese momento se acentuó el perfil de Correa volcado al progresismo extractivista, calificó a quienes lo critican por la izquierda como ‘infantiles’, indicó que la nueva Constitución tiene demasiadas garantías, y aplicó medidas de judicialización contra sus críticos” (Gudynas, 2012).

peticiones por parte del gobierno de la AP se acentuó aceleradamente. El fracaso de la iniciativa Yasuní-ITT –que previa mantenerse bajo tierra al crudo descubierto en una zona de parque natural con la recaudación de una compensación monetaria con la comunidad internacional para que el gobierno pudiera prescindir de las prebendas resultantes de la explotación–, la lentitud e imprecisión de la aplicación de un programa comprometido, al menos discursivamente, con la construcción del *Buen Vivir* y la multiplicación de presos por motivos políticos, son apenas ejemplos del creciente desgaste existente entre el gobierno progresista y algunos de los movimientos sociales más importantes del país. Vale mencionar que, actualmente, la confrontación entre grupos del movimiento indígena y el gobierno de la AP llegó a términos formidables e imprevistos, que se expresaron en la elección presidencial de 2017, cuando la CONAIE brindó su apoyo público a la candidatura del banquero Guillermo Lasso con tal de no respaldar a la propuesta de continuidad del correísmo plasmada en la figura del candidato que acabó por ser victorioso, Lenin Moreno.

Además del tema del candente roce entre los movimientos sociales y los gobiernos progresistas del Cono Sur, pudiéramos sumar otra cuestión en esa misma dirección: la cooptación de liderazgos de los movimientos para la formación de cuadros en la administración pública. El estudio del caso brasileño, con las cambiantes relaciones en cada periodo entre el gobierno de Lula y el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST), pero sobre todo de los líderes sindicales filiados a la Central Única de Trabajadores (CUT), dependiendo de las lentes del analista en turno, dan margen a elucubrar sobre un relativo “amansamiento” de la combatividad del movimiento social (Druck, 2006 y Sallum, 2008).

Con la crisis financiera internacional, iniciada en el 2007-2008 cuyos efectos en el sur del subcontinente se hacen sentir posteriormente, sobre todo a partir de 2014 con la caída de los precios de las commodities, se inaugura un escenario de desaceleración económica, canalizado en alta inestabilidad de la política interna. Ambos efectos son responsables de un cambio abrupto en la dirección de las políticas públicas inclusivas anteriores.⁶ No se trata únicamente de la pérdida legítima de elecciones –sino también de otros mecanismos poco republicanos de interrupción de mandatos electorales puestos en marcha, en Honduras para destituir a Manuel Zelaya (2009) en el caso de Paraguay en 2012 y el de Brasil en 2016–, el nubarrón de la política de austeridad económica aterrizó decisivamente en la región. Incluso en los escasos casos de los gobiernos progresistas que se han mantenido, el revés en la situación económica acabó por revivir prácticas de austeridad, encarnadas sobre todo en el presupuesto público equilibrado, gracias más al corte de gastos sociales que al aumento de la tributación. Ante los resultados negativos que este golpe de timón en el sentido de la acción estatal viene trayendo, basta con mencionar que en 2017 Brasil regresa al mapa del hambre de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Con ello, sería de esperar nuevamente mayor movilización popular.

Sin embargo, para evaluar mejor las tendencias y perspectivas de los movimientos sociales latinoamericanos en el contexto en el que los desdoblamiento de la crisis financiera internacional siguen en movimiento, aunque ya se haya sumado una década de su estallido inicial, no podemos ceder a la tentación de imputarles

⁶ En las palabras de un economista heterodoxo: “Países como Brasil y Argentina, que exportan grandes cantidades de productos básicos a China, captaaron en 2008 mejor que otros. India también parece haber logrado generar suficiente demanda interna” (Varoufakis, 2015: 212).

tendencias mirando únicamente el entorno económico como detonante de la contestación social, tampoco hay que sobrevalorar la percepción catastrofista de un escenario de reflujo temporal de las movilizaciones que puede “falsamente” alimentarse. En ese sentido, como nos enseña Sader (2009), no es porque no haya la consolidación de la protesta social en movimientos con mayor expresión, ni incluso no es porque no se asista a una inflación de marchas o no se vea una animada efervescencia en la contestación social, que podamos interpretar inequívocamente que se vive un periodo de desidia en la organización colectiva.

Quizá el camino más próspero para vislumbrar los rumbos futuros del movimiento social latinoamericano, y de su capacidad de transformación de la realidad económica-social, pasa por, primeramente, hacerse un breve mapeo de las principales teorías de la acción social, a fin de recoger más *insights* teóricos que aporten a la evaluación de las trayectorias venideras de esos movimientos.

b) Crisis y movimientos sociales: una propuesta de sistematización de corrientes teóricas

No es común que la discusión sobre la dinámica de los movimientos sociales, más cercanos al campo de la sociología o de la política, venga acompañada de algunas consideraciones más teóricas sobre la naturaleza de las crisis en el modo de producción capitalista, y que traten de explicar más que de describir, el contexto económico de las mismas. Estos enfoques más vinculados a la tradición marxista, fueron calificados de “economicistas”, sin querer abonar a esta perspectiva y admitiendo la relativa autonomía de lo político, nos parece que la ruptura de los ámbitos económico y político tampoco contribuyó a un mejor entendimiento de los fenómenos sociales, por lo que acá sólo pretendemos reestablecer algunos puentes.

Así, en esta segunda parte, nos concentramos, primeramente, en esbozar un breve mapeo de como las corrientes heterodoxas del análisis económico ubican la crisis financiera internacional, tanto en los elementos esenciales de la caracterización del funcionamiento del capitalismo financiarizado que conllevaron en la coyuntura actual al estallido de la crisis en 2007-2008, pero sin abdicar de una lectura más profunda de las contradicciones históricamente inherentes a este sistema. En un segundo momento, nos dedicamos a bosquejar una primera propuesta de identificación de las corrientes en el análisis de los movimientos sociales, tratando de comentar un poco sobre la aportación de los principales autores.

Reiteramos que aún es muy prematuro alardear la superación definitiva de la crisis financiera desencadenada en Estados Unidos a partir de la segunda mitad de 2007. Sería igualmente apresurado decretar la victoria de una única matriz teórica como aquella capaz de explicar el origen, los efectos y las medidas que se deberían adoptar para la deseada recuperación. En ese sentido, si se considera el escenario de las economías latinoamericanas frente a la crisis como el principal objeto de investigación, es aún más problemático casarse con un solo sendero de interpretación. Así, trataremos de hilvanar un brevísimo comentario sobre algunos de los principales elementos del debate teórico llevado a cabo por las corrientes heterodoxas, con especial atención en las aportaciones del marxismo y del poskeynesianismo radical.⁷

Hay muchísimos académicos que resienten a sus pares que hacen un acercamiento entre las influencias marxistas y keynesianas. Sin embargo, aquí se hace esa función sin demasiada preocupa-

7 Un ejercicio similar, pero hecho con mayor profundidad, se encuentra en (Meireles, 2015).

ción con purismos exacerbados, y menos de forma inconsecuente, injustamente sacrificando la rigurosidad y coherencia en lo que versa a la filiación teórico/ideológica de cada una de esas tradiciones de pensamiento. Dicho eso, entendemos que el lazo que une la interpretación de matriz poskeynesiana con la marxista es que, en ambas lecturas, la crisis no es un fenómeno exógeno al funcionamiento del capitalismo. O sea, para esos autores, la crisis no es vista como una perturbación ajena a la dinámica del sistema, como insiste la teoría tradicional de corte neoclásico. En realidad, una y otra escuela de pensamiento se esfuerza, cada cual, esgrimiendo sus propios argumentos, en demostrar que la propia forma en que se realiza la acumulación de capital bajo el modo de producción capitalista contribuye a que, endógena y periódicamente, existan crisis en la trayectoria de la acumulación del capital a lo largo de la historia del capitalismo. Así, para marxistas y poskeynesianos radicales, lo que distingue la economía capitalista es el carácter inexorablemente cíclico de su avanzar. De tal forma que no incurrimos en ninguna herejía en buscar conceptos, hipótesis de trabajo y resultados analíticos oriundos de ambas escuelas.

Dado los propósitos de nuestra reflexión, sintetizados en presentar a vuelo de pájaro los principales temas del debate sobre las interpretaciones de la crisis actual, optamos por reseñar parte de la contribución de autores adeptos al enfoque marxista y poskeynesiano, a saber: a) marxistas, Gerard Duménil y Dominique Lévy (2007, 2011, 2016); y b) poskeynesianos, Randall Wray (2012) y Yanis Varoufakis (2015). El criterio de selección puede y debe ser cuestionado, pero se buscó, incluyendo y más allá de la afinidad personal con los enfoques y autores elegidos, priorizar: 1) la relevancia en la literatura en términos de la difusión que el aporte ha tenido en su campo; y 2) la relativa actualidad y frescor de la

aportación, en lo que dice respecto a la interpretación de las crisis de 2007-2008.

La aportación conjunta de Gerard Duménil y Dominique Lévy (2007, 2011, 2016) se destaca positivamente en la tradición marxista, primeramente, por el exitoso esfuerzo de trabajo empírico para demostrar sus hipótesis. Los autores también son de alguna forma tributarios de la tesis que imputa a la crisis de rentabilidad en el sector productivo el origen de la crisis. Haciendo un detallado análisis del debilitamiento de la tasa de ganancia en Estados Unidos –comparativamente con Europa– tratan de comprobar como históricamente cada una de las grandes crisis del capitalismo empezó, se desarrolló y como fueron encontradas “salidas” muy particulares a cada una de ellas (Duménil y Lévy, 2007). Al detenerse en la crisis de rentabilidad del capital productivo de los años sesenta y setenta, ellos encuentran que la salida encontrada por el capital en su ruta de valorización fue la fórmula de la “ley de las finanzas”, que se hegemonizó en el periodo neoliberal inmediatamente posterior.

Para los autores, la crisis de 2007-2008 es considerada justamente como una crisis del neoliberalismo, y es examinada además de los elementos anteriormente trabajados, con dos componentes que son más fáciles de encontrar en los análisis poskeynesianos que en los marxistas propiamente dichos: 1) el inaudito proceso de acelerada innovación en los servicios y contratos financieros que la desregulación financiera, a partir de los años noventa, trajo consigo; y 2) la fragilidad a nivel macroeconómico, expresado en la balanza de pagos estadounidense, que la marcada “financiarización” de esa economía conllevó. O sea, se pone en relieve que bajo el neoliberalismo hubo una clara tendencia de financiarización de la acumulación de capital en Estados Unidos, en la que el aumento de las ganancias del sector financiero vino conjuntamente acompa-

ñado de una masiva redistribución regresiva del ingreso (Duménil y Lévy, 2011, capítulo 2). Los orígenes de la crisis actual se encuentran, así, en la fórmula que articula la pérdida sistemática del poder de compra de los salarios de la clase trabajadora –parcialmente compensado por la masiva expansión del crédito– y los desarreglos a nivel macroeconómico que ese modelo neoliberal provocó en la economía estadounidense.

En su agenda de investigación y haciendo referencia ahora de forma más explícita a que actualmente estaríamos en una fase de “capitalismo de gestores” (managerial capitalism), Duménil y Lévy (2016) destacan el rol del análisis histórico de larga duración del desarrollo capitalista para ubicar un elemento más que la crisis actual en esa trayectoria: el estancamiento económico. En esa clave de lectura, los autores ponen más énfasis en la noción marxiana central de “cambio técnico”, sus implicaciones en términos de la transformación tecnológica, organizacional y de distribución del ingreso y la tendencia recurrente de las economías capitalistas a entrar en periodos de tasas de ganancias declinantes.

Del lado poskeynesiano radical, las lecturas sobre el origen y la naturaleza de la crisis actual estuvo muy marcada por las aportaciones de Hyman Minsky. En ese tipo de explicación de inspiración minskyana, Randall Wray (2012) –uno de los discípulos más aguerridos del autor– propone que un análisis enriquecido por la revisión a las contribuciones de la obra de Minsky extrapolando lo más notorio en ella en esta temporada –dónde hay un sinnúmero de textos sobre “el momento Minsky”–, a saber, los patrones de financiamiento de las empresas no-financieras (pasando del seguro al especulativo y al Ponzi) y la fragilidad financiera sistémica. Así, Wray (2012) invita, por ejemplo, a que se relea a Minsky en sus aportaciones menos difundidas, como es el caso de su estudio

histórico sobre las distintas conformaciones de los sistemas financieros a lo largo del siglo XX –en etapas o stages– en especial en la época posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Primeramente, Wray (2012) señala que la perspectiva histórica permite ubicar que en la gradual transformación de la economía de posguerra existe una clara similitud con el periodo anterior a la Gran Depresión de 1930, en términos de liberalización, expansión y euforia financiera. Además, el análisis por “etapas”, desarrollado por Minsky y recalibrado por Randall Wray, nos apoya para encontrar la clave profunda de la crisis actual, destacando como se dio la transformación histórica de un sistema financiero “robusto” hacia uno “frágil”. En ese análisis histórico, Wray (2012) destaca: a) la fricción entre capital productivo y bancario para la conformación del capital financiero a principio del Siglo XX, de forma muy semejante a la descrita por Hilferding; b) la Gran Depresión y años posteriores, con las finanzas reguladas, el capitalismo entrando en su fase marcada por el Estado de Bienestar Social (managerial-welfare state capitalism) y c) la indiscriminada liberalización de los mercados financieros y la financiarización de las economías tras 1974, ambos movimientos contribuyendo en la conformación de un capitalismo de tipo “casino” (casino capitalism) por su alta vocación especulativa.

Así, podemos, de manera extremadamente sucinta, afirmar que para Wray (2012) hay diversos elementos que contribuyeron para que se desencadenara la crisis actual, entre los más importantes de la última fase señalada se encuentran el aumento de la desigualdad de la distribución del ingreso y la estagnación de los rendimientos de la mayoría de los trabajadores estadounidenses, el aumento de la deuda interna privada, la financiarización de la economía a nivel global, la desregulación y ausencia de supervisión de las instituciones financieras, y, finalmente, la manutención de una regla fiscal extremadamente rígida, privilegiando la austeridad, en varios países.

Yanis Varoufakis (2015) también privilegia el recuento histórico para mapear los orígenes de la crisis actual en los cambios del sistema financiero, pero, en sus análisis, queda trabajada de forma más detallada la relación entre la economía estadounidense y las demás economías del globo. En esa lectura también se prima por la interrelación de las tendencias de la dinámica comercial y de capitales internacionales y de la geopolítica global en el recuento histórico, en la que se destaca el rol de “reciclaje” o de “aspiradora global” de los excedentes que el déficit estadounidense tuvo en la posguerra –y como catapultó a la financiarización en Estados Unidos– y, finalmente, de cómo esa frágil forma de acomodar la acumulación de capital a nivel global topó con pared en 2007-2008.⁸

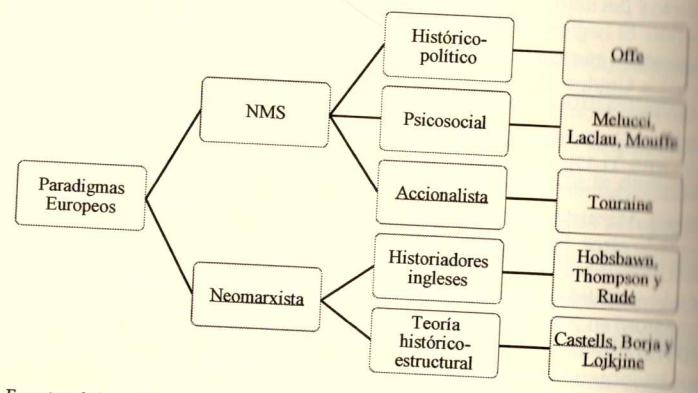
En relación a las corrientes teóricas que atienden a los movimientos sociales, su distinción y clasificación en distintas tradiciones, se convierte en un terreno bastante pantanoso, sobre todo en lo que concierne a las lecturas latinoamericanas. Aun de forma más general, en el campo de la ciencia política o en el análisis sociológico, el tema es permeado por las más diferentes perspectivas

⁸ En las palabras del autor: “Lo esencial de nuestra argumentación era que la característica fundamental de las era post-1971 fue un cambio de rumbo comercio y del flujo de excedente de capital entre Estados Unidos y el resto del mundo. El hegemón, por primera vez en la historia mundial, consolidó su hegemonía aumentando su déficit adrede. La clave estaba en entender cómo Estados Unidos lo llevaron a cabo, en entender el trágico modo en que su éxito hizo ascender la financiarización que reforzaba el dominio de Estados Unidos a la vez que plantaba las semillas de su potencial ruina” (Varoufakis, 2015: 11-12). Y continúa: “Mi metafórica respuesta es: el *crash* de 2008 se produjo cuando una bestia que yo llamo el Minotauro global fue gravemente herida. Mientras dominaba el planeta, su puño de hierro fue implacable, su reinado atroz. Sin embargo, mientras conservó la salud, mantuvo la economía global en un estado de equilibrado desequilibrio. Esto ofrecía cierto grado de estabilidad. Pero cuando fue presa de lo inevitable y cayó en un estado comatoso en 2008, emergió al mundo en una crisis a fuego lento. Hasta que no encontremos la manera de vivir sin la bestia, una incertidumbre radical, un estancamiento prolongado y la renovación de una inseguridad extrema estarán a la orden del día (Varoufakis, 2015: 41-42).

metodológicas, que, a su vez, se guían por los más diversos paradigmas. Así, nuestra revisión busca exponer brevemente algunas de las corrientes de la sociología de los movimientos sociales, sus conceptos y categorías básicas, tratando, principalmente, de encuadrarlas a la luz del rescate de la categoría "clase social". Esperamos que, de esa forma, se vaya avanzando en el arsenal teórico para comprender de mejor manera los fenómenos relacionados con la protesta popular, los movimientos sociales y la transformación económico-social de América Latina.

Sin la pretensión de hacer una exploración exhaustiva de los debates, se presentarán las principales contribuciones de las ciencias sociales en lo que concierne a la temática de la acción social.

Gohn (2006: 12) identifica, en una primera aproximación, a tres distintos paradigmas dentro de los cuales se crearon y desarrollaron las diferentes teorías sobre los movimientos sociales: a) el paradigma norteamericano, b) el paradigma europeo y c) el paradigma latinoamericano. Analicemos más detenidamente el paradigma europeo, por ser aquel que se autodenomina heredero de la tradición del pensamiento crítico. El cuadro de abajo sistematiza las tendencias, corrientes y autores que, después de 1960 (ver Figura 1).



Fuente: elaboración propia con base en Gohn (2006: 119).

Como la Glória Gohn (2006: 119) identifica en el paradigma europeo dos grandes grupos: a) los autores de los Nuevos Movimientos Sociales (NMS) y b) los teóricos neomarxistas. Por su vez, entre las corrientes que componen el paradigma europeo existe bastante proximidad. Sin duda, la amalgama entre ellas es la influencia de la tradición marxista y de sus epígonos. Lo que les diferencia entre ellas es la heterogénea filiación a distintos autores e interpretaciones dentro de esta tradición, bien como la dosificación en la mezcla de otras corrientes con el análisis marxista. Por lo tanto, se puede afirmar que la teoría de los nuevos movimientos sociales nació en las cercanías de la Escuela de Frankfurt, de la crítica de lo que convencionalmente se llama "marxismo ortodoxo". Mientras que la corriente neomarxista se aproximaría mucho más a autores del llamado "marxismo occidental", aunque algunos autores de la versión histórico-estructural se valen de otras mezclas en términos de influencias "de la ciencia burguesa", como es el caso del eclecticismo presente en los trabajos más recientes de Manuel Castells, dirigidos a explicar la acción colectiva.⁹

La NMS quizás sea la teoría que mayor repercusión ha tenido en la producción académica de América Latina sobre los movimientos sociales. Ella surge en los años 1970 a partir de la crítica a la interpretación marxista ortodoxa, acusada de ser extremadamente economicista en el análisis de la acción social y por esta caracterís-

9 En la acepción adoptada por Anderson (1990), el "marxismo ortodoxo" es aquel que proviene teóricamente de las interpretaciones hechas por Lenin, Luxemburgo, Hilferding y Trotsky del trabajo de Marx, por lo tanto, se trata de un uso distinto a aquel comúnmente adoptado. A su vez, el término "marxismo occidental" refiere a una tradición que tiene origen en las obras *Marxismo y filosofía*, de Karl Korsch e *Historia y consciencia de clase* de Georg Lukács, ambos publicados en 1923. Un trazo distintivo de esta tradición sería el desplazamiento en el análisis marxista del movimiento obrero hacia el espacio de la academia, de trabajos cuyo énfasis recaían sobre la economía y la política para textos en los cuales es destacado el campo de la filosofía y la ciencia política con la inclusión de Gramsci.

tica no dar cuenta de las movilizaciones que estaban ocurriendo en Europa, así como en los Estados Unidos. Todas las movilizaciones del 1968 fueron de cuño reivindicatorio hasta entonces sin precedentes, como fue el caso de los movimientos en pro de los derechos humanos, la ecología, la igualdad entre géneros, etnias, y por la paz. Gohn (2006: 121-122) señala como características comunes de los autores de esta corriente: la valorización de la cultura en los modelos teóricos elaborados y la negación del marxismo ortodoxo como abordaje propicio para la explicación de la acción colectiva en ese entonces.

Ahora, uno pudiera afirmar que en el nacimiento mismo de la perspectiva adoptada por los autores de los NMS existe, en realidad, no solo la negación del marxismo ortodoxo y el favorecimiento de interpretaciones en las cuales la ideología tiene un papel más prominente, sino la sustitución en la agenda de investigación de aquel que era el protagonista de la acción social: del énfasis en el proletariado se pasa a la atención de la asociación de otros actores. Así, no se trata de la "negación del marxismo" pura y simplemente, incorporando preocupaciones temáticas y conceptos traídos por los autores del marxismo occidental, sino de una relativización del peso de los condicionantes de "clase social" en la decisión de asociación y movilización entre las personas. No por azar, adquieren protagonismo en esta corriente el papel de la "identidad colectiva", de la "mística del movimiento", de la "solidaridad grupal", en fin, del énfasis en aspectos culturales e ideológicos en la formación y determinación de la acción social. Hay que destacar, también, que en algunos autores del paradigma de los NMS existe la preocupación por la relectura de la acción política de los movimientos sociales, sobretudo, en el ámbito de la sociedad civil, fuera del contexto tradicional de la disputa político-partidaria.

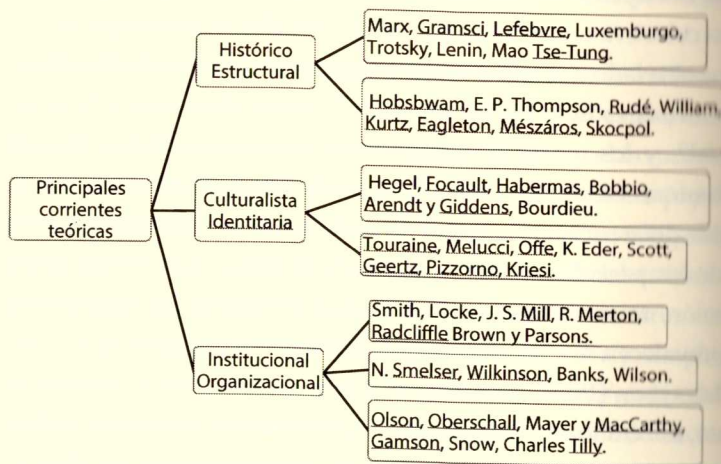
Pasando a la parte del enfoque neomarxista, el grupo de los "historiadores ingleses" tienen en común, como el propio nombre lo revela, la perspectiva histórica pautada en el materialismo-histórico. Este grupo busca la reconstrucción de las condiciones sociales concretas y analiza qué formas de manifestación populares surgen en determinado lugar y periodo, siempre destacando las categorías clásicas del análisis marxista. Así, por ejemplo, Eric Hobsbawm (1970) propone una perspectiva de la acción social que considera la noción del tipo de reivindicación y orientación de la práctica de la acción colectiva entre "reformistas" y "revolucionarias".

Por otro lado, George Rudé (1964) destaca la importante distinción entre el estudio de la "multitud", típico de la época "pre-industrial", y los movimientos estructurados de trabajadores que predominan en el avance de la sociedad industrial, así como la sensible deferencia en la forma de manifestación preferida en cada uno de los periodos. En la "multitud", el motín es la forma típica de acción, mientras que en la sociedad industrial las actividades que prevalecen son las huelgas y las reuniones públicas.

Thompson (1989), a su vez, resalta que es a partir del enfrentamiento, del combate, de la lucha, que las clases se forman y conforman históricamente. Las personas no se encuentran, y no se sienten a priori pertenecientes o constituyentes de una determinada clase social para, a partir de ahí, posicionarse en contra y confrontar a las demás clases. El movimiento es inverso. De la insatisfacción de las personas con el modo como está estructurada la sociedad, sobre todo en lo que dice al respecto de las relaciones de producción, surge la identificación de "puntos de interés antagónicos". Es así que los agentes comienzan a luchar por estas cuestiones específicas y comunes y, en el mismo proceso de lucha, se descubren como clase. Aun cuando, es en ese tránsito que los individuos atomizados

llegan a conocer y reconocerse como clase que se realiza la toma de consciencia de clase, que se vincula indisolublemente a la categoría clase social (Thompson, 1989: 37).

Casi diez años después de la agrupación de autores que hemos reproducido, Maria da Gloria Gohn (2016) propone una nueva forma de organización de las corrientes de estudiosos de los movimientos sociales (Figura 2).



Fuente: elaboración propia con base en Gohn (2016: 19-31).

Ahora reseñando con más ahínco las contribuciones contemporáneas, ella identifica tres enfoques: *a)* el histórico-estructural; *b)* la corriente culturalista-identitaria, y; *c)* y el abordaje institucional organizacional. Notamos que, básicamente, la diferencia esencial con relación al ejercicio de agrupación anterior –además del número de autores tomados en consideración– es la incorporación del

enfoque de la escuela capitaneada por Charles Tilly.¹⁰ Sin embargo, la bifurcación crucial entre “marxistas duros” versus “marxismo occidental” persiste, como también sigue esa misma separación cuando analizamos a la producción teórica latinoamericana contemporánea sobre los movimientos sociales.¹¹

En el pasado era bastante plausible la recurrente observación de que existe una falta de correspondencia entre el alto número de movilizaciones sociales en América Latina y la baja densidad de la producción teórica acerca de tales fenómenos, actualmente eso ya no es verdad. Sin embargo, sigue siendo válido afirmar que gran parte de la reflexión intelectual acerca de los movimientos sociales latinoamericanos se atañe a la mera descripción de los procesos insurgentes, sin preocuparse por interpretarlos a la luz de cualquier teoría sociológica –sea cual sea el paradigma escogido– y se pierde así una parte significativa de la capacidad explicativa de dichos fenómenos.

Con la intención de avanzar un poco en el sentido de suplir este déficit analítico, examinaremos algunas de las principales tesis, hipótesis, modelos y categorías que pueblan el universo del

- El autor y sus seguidores cuentan con una proficua lista de publicaciones, cuya revisión extrapolaría en mucho los objetivos aquí propuestos. Sin embargo, quisiéramos al menos comentar que Tilly (2009: 28-29) define por movimiento social, como una construcción o constructo histórico que abarca simultáneamente tres elementos: *a)* campañas de reivindicaciones colectivas ante la autoridad; *b)* un repertorio de varias formas de actuación para impulsar esa reivindicación; y *c)* manifestaciones públicas del valor, la unidad, el número y el compromiso de la causa (WUNC, por sus siglas en inglés). Además, Tilly (2009: 38) propone el análisis de los movimientos sociales agrupando tres tipos de reivindicaciones propias, que pueden convivir dentro del mismo movimiento social e incluso cambiar conforme el paso del tiempo, a saber: *a)* programáticas; *b)* identitarias; y *c)* posición.
- Por su vez, Staggenborg (2016: 14-30) agrupa a los investigadores europeos y norteamericanos de los movimientos sociales en: *a)* teoría del comportamiento colectivo; *b)* movilización de recursos, y *c)* perspectiva de los procesos políticos.

análisis sociológico de los movimientos sociales latinoamericanos. Debe considerarse que no es una mera transposición de teorías elaboradas para la investigación de estos procesos en los países desarrollados para el "exótico caso latinoamericano". Más que nada es el esfuerzo de una exploración inicial en el tópico, con la especial preocupación en exponer lo que aquellos autores y corrientes comentados anteriormente ofrecen para el entendimiento de la acción colectiva del subcontinente en el periodo reciente.

Aunque no es nuestra preocupación central en este apartado la exploración de las investigaciones llevadas a cabo únicamente por autores de la región, registramos algunas hipótesis y modelos acerca de la temática de la acción social que tienen como foco el subcontinente. En una palabra, entendemos que es absolutamente relevante y vital el continuo desarrollo de un paradigma propio latinoamericano también en lo que versa al análisis de los actores de la transformación social.¹² Finalmente, claro está que no se trata de predicar el aislacionismo académico y la no comunicación con programas de investigación internacionales, como sería una perspectiva más acorde en el tono de las investigaciones de los autores "decoloniales" o "descoloniales". Muy al contrario, se trata aquí, únicamente, de militar por la consolidación del pensamiento social crítico latinoamericano, por la recuperación de su rica tradición y por el reconocimiento de su valiosa contribución también en el flanco de las teorías de la acción social.¹³

12 Entendemos esa es una línea de investigación en pleno florecimiento, pero un listado inicial de los trabajos sobre los movimientos sociales latinoamericanos a partir de los años 1970, de autoría de investigadores latinoamericanos, se encuentra en Gohn (2006: 218-224).

13 Los trabajos desarrollados por investigadores vinculados al Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), sobre todo aquellos realizados en el ámbito del Observatorio Social de América Latina (OSAL), son un excelente ejemplo de la excelencia académica de la región y en temas de los

Hechas esas consideraciones, se registra que en 1974 es publicado el texto en el cual Alain Touraine (1977) propone un modelo explicativo para los movimientos sociales latinoamericanos. Vale mencionar que según las dos clasificaciones de Gohn (2006, 2016), ese autor se encuentra en la antípoda del marxismo más tradicional. El trabajo adopta dos líneas maestras: a) las teorías de modernización, en las cuales el entendimiento de la dualidad o dicotomía es la marca de la estructura productiva de los países periféricos; y b) la teoría de la dependencia en su vertiente reformista, sobre todo la contribución de Faletto y Cardoso (1973). Admitiendo ambas teorías como fundamento de la investigación, lo que Touraine (1977) hace es buscar los determinantes de cómo surgen y qué formas asumen los movimientos sociales dentro de los contextos y tipologías de sectores en tipos idealizados. Así, la manifestación popular surgida en cada uno de los sectores –sector dinámico (o dominante internamente) y sector tradicional (doblemente dominado)– de la estructura productiva presentará características sumamente distintas entre sí y será marcada definitivamente por lo que sería la "fragmentación de la conciencia de clases".¹⁴

movimientos sociales. La mayor parte de este material está disponible gratuitamente en <http://osal.clacso.org>.

14 Además del dualismo productivo también es apuntado por el autor el papel que juega la conciencia nacional sobre la conciencia de clase, como responsable por la "fragmentación de la conciencia de clase" en estos países. Se vuelve así posible la existencia de movimientos nacional-reformistas, como las expropiaciones promovidas por el gobierno militar peruano (IPC y GRACI), así como la presencia de movimientos nacional-revolucionarios, como el ejemplo del Partido Socialista Chileno (Touraine, 1997: 41-42). En palabras del autor: "No interior do setor dominante forma-se uma categoria de trabalhadores que ocupam uma posição relativamente privilegiada, mas que se encontra também muito mais definida pela sua inclusão no modo de produção capitalista. Daí seu reformismo e ao mesmo tempo seu militarismo. No setor dominado e subdesenvolvido, levemente capitalizado em geral, não se trata de reformismo: a violência se desencadeia frequentemente, mas ela é dirigida contra uma dominação cultural e política tanto quanto econômi-

De la observación de que los movimientos populares jamás se presentan en su forma pura, luciendo únicamente la faceta de movimiento de clase, Touraine (1977) aboga por la percepción multidimensional de la acción colectiva. En su análisis, en síntesis, él considera que todo movimiento social es, simultáneamente, movimiento de clase, movimiento anticapitalista, opuesto a la dominación extranjera, y movimiento dirigido hacia la integración y modernización nacional (Touraine, 1977).

Las dimensiones a ser consideradas conjuntamente para determinar la formación de un movimiento social son: clase, nación y modernización. La primera hace referencia a una acción que se manifiesta de una clase contra otra, asumiendo un carácter anticapitalista y anti-imperialista; la segunda hace referencia a la acción motivada en nombre de una nación contra la actuación de una potencia extranjera; y la tercera versa sobre la acción en nombre de la modernización e integración nacional como factor para animar la movilización colectiva. Existe una constante tensión en la articulación de estos elementos y, en consecuencia, para Touraine (1977) un movimiento se vuelve complejo, recobra fuerzas y pasa a ser verdaderamente relevante solamente cuando logra equilibrar y armonizar la continua presión proveniente de cada una de las

ca. Tem certamente uma dimensão de classe, mas mergulhada no interior de uma ruptura mais global, completada por um fechamento comunitário que restringe a formação de um movimento de grande amplitude, capaz de se dar objetivos de desenvolvimento nacional" (Touraine, 1977: 37). Aunque el objetivo aquí sea una presentación sucinta de las tesis de Touraine, resaltemos su pesimismo en referencia al potencial transformador de los movimientos sociales latinoamericanos expresado en la última frase del texto citado anteriormente. No es de sorprender, dado su incorregible y blando reformismo, el considerable grado de afectación academicista y la filiación teórica-política socialdemócrata, no por casualidad fue apropiadamente tachado de "sociólogo Fernando-Henriquista" (Coggiola, 2003: 301) en referencia a la similitud "conciliadora de clase" de su trabajo con el de Fernando Henrique Cardoso.

dimensiones.¹⁵ No obstante, el diagnóstico que el autor realiza del examen de la realidad latinoamericana es que "le falta a los movimientos unidad en las acciones; ellos son frágiles, heterogéneos, dilacerados internamente y tienden a la fragmentación" (Gohn, 2006: 144, traducción nuestra).

Al final de este texto, Touraine (1977) elabora un cuadro general de los movimientos sociales en los tipos fundamentales correspondientes a la situación de dependencia. Se considera de un lado: a) los elementos constitutivos de los movimientos sociales y b) las dimensiones de la acción en la periferia; y de otro: a) la conformación de la estructura productiva, en sociedades abiertas y sociedades de enclave y b) la etapa de dependencia observada.¹⁶ Se trata, así, de la clara fusión entre la teorización de Touraine (1977) y la de Cardoso y Faletto (1973).

Finalmente, el sociólogo chileno Manuel Antonio Garretón (2002) es uno de los autores citados más recurrentemente en las investigaciones sobre los movimientos sociales latinoamericanos contemporáneos. En su trabajo de 2002, señala que se trata de un análisis de sus trabajos recientes, diagnostica la imprecisión de analizar a los nuevos movimientos sociales a partir de lo que él denomina "paradigma clásico". Como Alain Touraine, este autor atribuye un carácter limitado e inadecuado a los análisis pauta-

¹⁵ La importancia de las tres dimensiones, tanto en la existencia como para el análisis de los movimientos sociales latinoamericanos, también se hace presente en trabajos posteriores del autor (Touraine, 1989: 145-155 y 181-184).

¹⁶ Aún en concordancia con la teoría reformista de la dependencia, Touraine (1977) identifica tres etapas de la dependencia: 1) el desarrollo para el exterior, pautado en el monocultivo de exportación y en la dependencia hacia el mercado consumidor mundial; 2) la fase de la industrialización por sustitución de importaciones, marcada por la crisis del mercado consumidor extranjero; y 3) la penetración del capital extranjero en el proceso productivo industrial por medio de empresas multinacionales, que es la "nueva dependencia" en tiempos de internacionalización de los mercados internos.

dos en la estructura económica, en sus cambios y reacomodaciones como motor de la acción colectiva, para entender las reales motivaciones de los actores sociales, principalmente por la desarticulación de la matriz política que sustentaba esa interpretación. Según su lectura, la globalización, la explosión de la cuestión de las identidades por adscripción –basadas en el sexo, género, edad, religión, etnia, entre otros–, las nuevas formas de exclusión y el internacionalismo de los movimientos por una globalización alternativa son los elementos que contribuyen a la obsolescencia de la matriz clásica, sustituyendo a la política, el desarrollo, la modernización como temas protagonistas en la acción colectiva y la autonomía nacional.

En sus palabras: “los nuevos temas referidos de la vida diaria, relaciones interpersonales, logro personal y de grupo, aspiración de dignidad y de reconocimiento social, sentido de pertenencia e identidades sociales, se ubican, más bien en la dimensión de lo que se ha denominado ‘mundos de la vida’ o de la intersubjetividad y no pueden ser sustituidos por los viejos principios” (Garretón, 2002: 22). Al final, se puede decir que en el texto de Garretón se manifiesta, entre otros aspectos, por un enorme esfuerzo de actualización y adaptación de gran parte de las preocupaciones de los trabajos anteriores de Touraine para la explicación de los movimientos sociales latinoamericanos en el contexto del neoliberalismo. De esta forma, él también acaba por actualizar y adaptar parte del reformismo dependentista en la lectura de los movimientos sociales, y, una vez más, contribuye a la reedición de la idea-fuerza de conciliación de clases, más que el abordaje que vislumbra los enfrentamientos entre las clases en el proceso de desarrollo latinoamericano.

3) Los movimientos sociales latinoamericanos y la cuestión de la clase social

El objetivo de este tópico está más cercano a la exploración crítica de las interpretaciones marxistas hechas sobre los latinoamericanos contemporáneos que de la descripción minuciosa acerca de la dinámica interna de esos movimientos o de sus inúmeros episodios de manifestación y protesta. Esa opción se justifica porque, como ya fue apuntado, existe una infinidad de textos y relatos que se proponen narrar estos eventos –lo que es una tarea fundamental dentro de la revisión crítica y de la reflexión académica comprometida también con la construcción de nuevas alternativas–, pero son más escasos los trabajos menos descriptivos, hechos en el sentido de sistematizar conjuntamente la narrativa de los eventos de reivindicación colectiva, y los abordajes de corrientes, autores y debates suscitados que pueden contribuir a problematizar las múltiples cuestiones suscitadas en el análisis de los movimientos sociales latinoamericanos. Así, entendemos que habría que hacer un balance más equilibrado entre el relato de la historia reciente de la protesta social en la región, de tal forma que inherente a esta sistematización estuviera presente las distintas evaluaciones de los analistas. Para que tanto el ámbito del trabajo académico como el de los actores sociales organizados sea enriquecido. De este modo, en el lado académico, ya no se hará una síntesis aséptica de las propuestas que pululan en el ámbito más teórico en nombre de una rancia erudición que distancia a la universidad de la vida política social. De otro lado, y con algo de suerte, los movimientos sociales podrían fortalecer su organización al tener a los intelectuales críticos como un interlocutor más cercano en su causa.

En una perspectiva de más largo plazo, no nos olvidemos que América Latina fue palco de cuatro grandes revoluciones en el último siglo: *a)* la revolución mexicana en 1910, que tuvo como base el movimiento campesino armado; *b)* la revolución Bolivariana en 1952, contando como principal soporte los movimientos populares urbanos de La Paz, sindicalistas y los mineros del estaño; *c)* la revolución Cubana en 1959, llevado a cabo por la alianza entre campesinos, camadas empobrecidas urbanas y la clase obrera; y *d)* la Revolución Nicaragüense en 1979, teniendo como base la guerrilla socialista campesina.¹⁷

A la luz de la experiencia histórica de estas cuatro revoluciones se colocan las siguientes preguntas: ¿Los levantamientos y rebeliones populares que surgen y se vigorizan como movimientos de resistencia a la degradación social promovida por el neoliberalismo y ahora en épocas de austeridad tienen aliento para conducir una transformación social de radicalismo similar? ¿Cuál es el alcance de estas iniciativas? Lejos de ofrecer respuestas contundentes a esas inquietudes, consideramos que para iniciar el debate suscitado por estas cuestiones es inevitable el rescate de una teoría social que valore la categoría marxiana de “clase social” –lo que inmediatamente reaviva la cuestión de la “lucha de clases”–, pero no en su sentido instrumental, sino que también sensible a la incorporación de las nuevas dimensiones –como son las identitarias– que están en la mesa de discusión sobre los movimientos sociales actualmente.

Examinemos los trabajos de dos autores, Claudio Katz (2007) y James Petras (2008), que se inclinan sobre estas cuestiones de for-

¹⁷ Es bastante amplia la bibliografía sobre las cuatro revoluciones apuntadas, pero en el libro de Michael Löwy, escrito bajo el seudónimo de Carlos Rossi (1972), además de la descripción de los principales acontecimientos de las tres primeras se encuentra una preciosa interpretación del carácter burgués o intrínsecamente libertario que cada una de ellas asumió.

ma más cercana a los términos de la tradición marxista ortodoxa y que convergen, en gran medida en sus análisis. El tono común que predomina en ambos trabajos es el relativo al pesimismo en lo que dice al respecto a la capacidad de los levantamientos recientes para convertirse en revoluciones propiamente dichas –con excepción a la evaluación de Petras (2008), que era, en un principio, extremadamente optimista, en relación a la “revolución bolivariana” o “socialismo del siglo XXI” de Venezuela–. Por su parte, Claudio Katz (2008) desde un principio ha sido bastante escéptico al potencial revolucionario de estas experiencias. Otra diferencia relevante es el hecho de que el texto de Petras (2008) es más analítico al examinar la delicada dinámica que se establece entre los movimientos sociales y los gobiernos de centro-izquierda electos después de los levantamientos populares que han contestado los efectos negativos del neoliberalismo. Hay que mencionar que el pesimismo en relación a estos movimientos como pivotes de una revolución no descalifica su importancia en lo que concierne al distanciamiento frente al poder de gobiernos de orientación más derechista, en el plano más inmediato, y como importante eslabón de la cadena que compone la historia de la combatividad de los pueblos oprimidos de América Latina.

De entre las numerosas protestas sociales ocurridas en el subcontinente a partir de los años noventa, Katz se concentra en el análisis de cuatro, aquellas que desembocaron en levantamientos masivos y generalizados en sus países: Bolivia, Ecuador, Argentina y Venezuela. De éstas, la rebelión más profunda se realizó en Bolivia, en tres ondas de combate que intensificaron decisivamente la lucha entre la población y el gobierno derechista neoliberal: *a)* la “guerra del agua” en 2000, que revertió la privatización del servicio de suministro de agua en Cochabamba; *b)* la “guerra del gas”

en 2003, en la cual se defendió la soberanía de los hidrocarburos contra la extracción y exportación predatorias; y c) la culminación de la agitación popular de los “cocaleros” (campesinos-indígenas), movimiento sindical y extractos urbanos, que vino con el derrocamiento de los gobiernos de Gonzalo Sánchez de Lozada y de su vice Carlos Mesa en 2005. En Ecuador, que también experimentó un cambio sensible de la orientación de la política neoliberal a partir de la presión ejercida por la movilización popular. En Venezuela, se destaca el “caracazo” de 1989. La cuarta rebelión significativa apuntada por Katz (2007) toma lugar en Argentina, en 2001. Ella es marcada por las manifestaciones de los “piqueteros”, que llevaron a la caída del presidente Fernando de la Rúa en diciembre de ese año (con un nuevo pico de protestas en 2002), y comenzó por la reivindicación de la devolución de ahorros criminalmente confiscados, después sus demandas se expandieron para revertir la política neoliberal y la reparación de las pérdidas infligidas por la aplicación del viciado recetario de este modelo.

Katz (2007) identifica que además del carácter anti-neoliberal y anti-imperialista, las cuatro grandes rebeliones apuntadas coinciden en las formas y temas que demandaban: la anulación de las privatizaciones, la nacionalización de los recursos naturales y democratización de la vida política. Este autor también resalta la importancia de la multiplicidad de sujetos que constituyeron estas iniciativas, como indígenas, obreros, campesinos, desempleados, sectores de la clase media y las mujeres, así como el importante papel que jugó la “identidad colectiva” para la conformación de los movimientos. Todo conforme a los moldes que dejan satisfechos a cualquier teórico de los NMS. Sin embargo, él no descarta la variable-clave de todo el proceso de agitación social contemporáneo: el carácter de clase indisociable de estas manifestaciones –y que

no pocas veces es deliberadamente omitida en los análisis de los científicos sociales que se ocupan de la cuestión.¹⁸

Katz (2007) concluye su texto enumerando las diferencias entre los cuatro levantamientos populares de la época neoliberal y las grandes revoluciones latinoamericanas del siglo XX. Concluye que a pesar de los importantes cambios económicos y sociales que los levantamientos populares lograron alcanzar, no se observó la constitución de formas paralelas de poder ni el derrumbe de los organismos del Estado represor, elementos que distinguen la rebelión popular de la revolución social. Por lo tanto, “mientras que una sublevación popular victoriosa permite derrotar a un gobierno derechista, el triunfo pleno de la revolución social exige desplazar a las clases dominantes del poder e inaugurar una transformación histórica de la sociedad.” Sentenciando que: “este cambio no ha comenzado en ningún país sudamericano” (Katz, 2007).

Después de revisar rápidamente los levantamientos mencionados, sus características y su contribución para el cambio parcial de los rumbos de algunos gobiernos recién electos en el subcontinente, otras cuestiones se colocan en el centro del debate: ¿La coyuntura actual es más favorable para el florecimiento de los movimientos sociales?, que en el momento anterior, de auge de los gobiernos

¹⁸ En las palabras del autor: “Como la destrucción de puestos de trabajo ha sido acompañada por la creación de nuevas formas de empleo, el peso de los asalariados no decreció en América Latina. Tampoco se extinguieron el trabajo y la clase obrera. El decisivo papel que han jugado los asalariados en varios levantamientos confirma que la batalla contra el neoliberalismo, forma parte de una resistencia perdurable contra la explotación de capitalista. Registrar ese dato es importante para notar el basamento clasista que subyace en la oleada reciente de revueltas. Cuando se omite esta determinación social, las rebeliones tienden a ser vistas como articulaciones contingentes de movimientos sectoriales, que pueden adoptar cualquier dirección y empalmar (o distanciarse) en forma fortuita. Al borrar la dinámica objetiva que impulsa la lucha social, se tornan inexplicables las causas que inducen a los oprimidos a converger. Todo el sentido de la lucha se vuelve indescifrable” (Katz, 2007).

más izquierdistas, ¿las organizaciones de masa han conseguido colocar más fácilmente sus demandas? Y siendo así, ¿éstas se fortalecieron de manera autónoma con relación a esos gobiernos? De la negativa generalizada a todas a esas preguntas Petras (2008) tejió sus consideraciones, casi país por país de la región, y elaboró una polémica hipótesis: el estancamiento o incluso el retroceso de estos movimientos estaría asociado justamente a la llegada al poder de gobiernos que atienden la parte menos radical de sus reclamos, que incorporan en sus cuadros parte de sus líderes, que, en una palabra, los cooptaron.

Además del impacto negativo de la cooptación de los movimientos por parte de los gobiernos progresistas, de su marcado retroceso en relación al final de los años noventa e inicios de la primera década del siglo XXI, no se puede olvidar que su debilitamiento es principalmente fruto del endurecimiento de las fuerzas represivas, tanto en algunos de los gobiernos de centro-izquierda como, principalmente, de aquellos que aún siguen alineados al modelo neoliberal ahora en su etapa reloaded (recargada). Al contrario de la institucionalización de las demandas populares, estos gobiernos derechistas se destacan por la criminalización masiva de los movimientos sociales. La más emblemática de estas prácticas es la falacia construida al respecto de la inmediata asociación entre narcotráfico y movimientos campesinos-indígenas, tanto en Colombia –donde la represión asume proporciones asombrosas y no se reduce a la acción contra las FARCS, y que afecta decisivamente al movimiento obrero con las numerosas prisiones arbitrarias, desaparecimientos inexplicables y notorios asesinatos de líderes sindicalistas– como en México.

Al final, aunque los argumentos de Petras (2008) sean bastantes “rosas” para el análisis del caso venezolano –que en este momento

se encuentra en una crisis profunda–, tanto su texto como el de Katz (2007) tienen el mérito irrefutable en lo que se atañe a la perspectiva adoptada: privilegiar el análisis histórico y pautado en los conceptos clásicos del marxismo, a los que se intenta actualizar. Ambos autores se presentan como representantes de una tradición que viene perdiendo espacio en la literatura especializada sobre la acción colectiva. Sus análisis se destacan en un contexto en el cual abundan interpretaciones mucho más pasteurizadas y afiliadas a la sociología académica norteamericana, o mezclados con ella, y en el cual la categoría “clase social” y la “lucha de clase” se esfumaron a punto de no ser más reconocidas en las nuevas y cambiantes categorías que surgen con cada paper. Por otro lado, quizás en una revisión más profunda de la obra de los dos autores mencionados se pudiera evaluar con mayor precisión si la categoría “clase social” es empleada como determinante –lo que ya hemos criticado– o como condicionante de la acción social.

Quisiéramos finalmente destacar que además de provocar la irremediable distorsión de los diagnósticos, haciendo incomprendible la motivación de las rebeliones y protestas sociales recientes en América Latina, aquellos teóricos que prescinden del análisis de clases para la consecución de sus trabajos, son responsables por el hecho estilizado de que cada vez más la sociología académica se amuralla detrás de conceptos y categorías cuyo grado de abstracción enreda definitivamente los hilos del análisis, en lugar de funcionar como herramientas al auxilio de la comprensión de los fenómenos sociales estudiados. Y peor, gran parte de la sociología que se auto-proclama como siendo de inspiración marxista –Alain Touraine y Manuel Castells, este después de La cuestión Urbana, seducidos por elucubraciones que pretenden atender la complejidad desarrollan un malabarismo conceptual que resta claridad.

Admitir la complejidad de un fenómeno social, su aspecto multidimensional y no-lineal –como es el caso de la acción social, y sobre todo en países periféricos– no supone transformar el discurso científico en algo intangible, con esquemas mentales tan caprichosamente elaborados como impenetrables, inaccesibles a los actores y clases sociales que protagonizan la acción, volviéndose inútiles fuera del debate restringido a lo académico.

4) Algunas conclusiones

El recorrido realizado a lo largo del capítulo buscó traer elementos teóricos que aportaran a la discusión sobre las tendencias actuales de los movimientos sociales latinoamericanos. Para ello, se privilegió un sendero doble en términos de revisión de parte de la literatura especializada: a) la caracterización de la crisis de 2007-2008 y cómo sus múltiples efectos sobre los países latinoamericanos redibujan el entorno macro, político y económico, en el cual se mueven los distintos actores de la transformación social, y b) la presentación comentada de algunos de los principales debates en el seno del campo de la sociología crítica que estudia la acción social. Somos conscientes del desequilibrio, en términos de cuidado y profundidad de la revisión hecha, entre las dos patas que compusieron ese sendero, visiblemente en favor de la última de estas. O sea, intencionalmente se recargó más en las tintas del análisis de las predilecciones de las distintas corrientes de abordaje del fenómeno del movimiento social más que en la lectura específica de las potencialidades y limitantes que tienen los movimientos sociales latinoamericanos hoy día. Sin embargo, la elección de seguir en ese paso que claramente cojea nos da al menos una ventaja: a partir de la mejor afinación de las categorías teóricas se hace posible calibrar

la mirada para vislumbrar el horizonte de la transformación social en el subcontinente. Eso sin prescindir de la aportación de al menos algunos elementos de la contextualización actual, sobre todo lo que dice respecto a la nueva oleada conservadora que barre el cono sur y del concomitante regreso de preceptos de una política económica explícitamente sesgada hacia el pro mercado.

Consecuentemente, se busca evitar dos tipos de lecturas que normalmente se observan en los autores que se dedican a este tipo de reflexión. De un lado, nos alejamos de un cierto determinismo de la lectura marxista más tradicional, que, *grosso modo*, recalca que cualquier manifestación social es fruto primordial de la posición en la producción capitalista ocupada por el actor social. Lectura que predica la idea que la fuerza motriz por detrás de cualquier manifestación popular sea invariablemente la insatisfacción última con la forma de funcionamiento del capitalismo, y, luego identifica que todo el episodio de contestación social, del tipo que sea –en el campo, en la ciudad, a través de redes sociales, marchas, huelgas, etc.– solo pueda significar que se avanza en la lucha de clases, supuestamente fortaleciendo a la posición de la clase trabajadora. Por otro lado, también nos distanciamos del enfoque adoptado por los autores afines a las tesis de los NMS o a la corriente culturalista-identitaria, para quienes –también exagerando para dejar más claro el argumento– el detonante de la acción social siempre está relacionado a algún aspecto particular del múltiple abanico de características que conforman la identidad del individuo.

En ese sentido, quizás el resultado más palpable del trabajo aquí realizado haya sido el destacar la necesidad de repensar y reelaborar la categoría clase social de forma menos dogmática, ahora enriquecida por importantes consideraciones tejidas por autores que destacan otros motivadores para la asociación de los distintos

actores sociales en un mismo grupo reivindicativo. En una palabra, en el abordaje aquí propuesto, la cuestión del elemento de aglutinación por aspectos identitarios no deja a la sombra la dimensión de la acción guiada por el condicionante de percepción de clase que anima al movimiento social.

Referencias

- Anderson, P. (1990). *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Siglo XXI Editores, México.
- Boron, A. (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. CLACSO, Buenos Aires.
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. (1973). *Dependência e desenvolvimento na América Latina: ensaio de interpretação sociológica*. Zahar Editores, Rio de Janeiro.
- Coggiola, O. (2003). "América Latina: o presente em perspectiva histórica" In: (Org.). *América Latina: encruzilhada da história contemporânea*. Xamã, São Paulo.
- Druck, Graça. (2006). "Os sindicatos, os movimentos sociais e o governo Lula: cooptação e resistência" en, *Observatório Social de América Latina* (OSAL), No. 19. CLACSO, 2006, Buenos Aires, pp. 329-340.
- Duménil, G. & Lévy, D. (2007). *Crisis y salida de la crisis. Orden y desorden neoliberales*. Fondo de Cultura Económica, México.
- _____. (2011). *Crisis of neoliberalism*. Harvard University Press, London.
- _____. (2016). "Technology and Distribution in Managerial Capitalism: The Chain of Historical Trajectories à la Marx and Countertendential Traverses". In *Science & Society*, Vol. 80, No. 4, October 2016, 530-549.

- Flacks, R. (2005). "The Question of Relevance in Social Movement Studies." In: *Rhyming Hope and History: Activists, Academics, and Social Movement Scholarship*, edited by David Croteau, William Hoynes, and Charlotte Ryan. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, pp.3-19.
- Garretón, M. (2002). "La transformación de la acción colectiva en América Latina". *Revista de la Cepal*, n. 76, abril de 2002.
- Gohn, M. (2006). *Teoria dos movimentos sociais – Paradigmas clássicos e contemporâneos*. Edições Loyola, São Paulo.
- _____. (2016). *Novas teorias dos movimentos sociais*. Edições Loyola, São Paulo.
- Gudynas, E. (2012). Una izquierda más allá del progresismo. *Revista Brecha*. Uruguay. Disponible en: <<http://www.brecha.com.uy/index.php/mundo/530-una-izquierda-mas-alla-del-progresismo>>. Acceso en 08/07/2012.
- Hobsbawm, E. (1970). *Rebeldes primitivos: estudos sobre as formas arcaicas de movimentos sociais nos séculos XIX e XX*. Zahar, Rio de Janeiro.
- Katz, C. (2007). Las nuevas rebeliones latinoamericanas. *Rebelión*, 26/10/2007. Disponible en: <www.rebelion.org>. Acceso en 20/03/2008.
- Meireles, M. y Martínez, A. M. (2013). "Crisis mundial e impactos en la economía ecuatoriana: un balance no-celebratorio de la Revolución Ciudadana". *Mundo Siglo XXI*, Revista del Centro de Investigaciones Económicas, Administrativas y Sociales, del Instituto Politécnico Nacional, no. 29, Ciudad de México.
- Meireles, M. (2015). "Crisis, concentración bancaria y financiamiento al desarrollo latinoamericano. Algunas consideraciones"

- nes teóricas". En: José Francisco Reyes (Coordinador), *Sector financiero: desafío para el desarrollo económico en épocas de financiarización*. ENES-UNAM León y Plaza y Valdés, México D.F, capítulo 8, pp. 161-172.
- Petras, J. (2008). "Flujo de movimientos y gobiernos de centro-izquierda". Disponible en: <www.rebelion.org>. Acceso en 20/03/08.
- Rossi, C. (1972). "La revolución permanente en América Latina". Material de formación política de la «Cátedra Che Guevara - Colectivo AMAUTA». Disponible en: <<http://www.amauta.lahaine.org>>. Acceso en 03/03/2008.
- Rude, G. (1964). *The Crowd in History: A study of popular disturbances in France and England, 1730-1848*. Serif, London.
- Staggenborg, S. (2016). *Social Movements*. New York: Oxford University Press.
- Sader, E. (2009). *El nuevo topo: los caminos de la izquierda latinoamericana*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Sallum J. R, Brasílio, (2008). "La especificidad del gobierno de Lula: hegemonía liberal, desarrollismo y populismo" en *Revista Nueva Sociedad*, no. 217, pp. 155-171. Disponible en: www.nuso.org/upload/articulos/3554_1.pdf
- Thompson E. P. (1989). *Tradición, revuelta y conciencia de clase: estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Tilly, C. y Wood, L. J. (2009). *Los movimientos sociales, 1768-2009. Desde sus orígenes a Facebook*. Crítica, Barcelona.
- Touraine, A. (1977). "Movimentos sociais e ideologias nas sociedades dependentes". In Albuquerque, J. A. (Org.). *Classes médias e política no Brasil*. Paz e Terra, Rio de Janeiro.

- Touraine, A. (1989). *Palavra e sangue: política e sociedade na América Latina*. Campinas: Ed. Unicamp.
- Varoufakis, Y. (2015) *El minotauro global*. Editorial Crítica, México.
- Wray, R. (2012). "Global Financial Crisis: A Minskyan Interpretation of the Causes, the Fed's Bailout, and the Future". Working Paper, No. 711, Levy Economics Institute of Bard College.